

NUESTRO FOLKLORE

Identidades

Las señas de identidad son muy importantes y pueden influir en la vida de las personas, tanto en el ámbito individual como en su dimensión colectiva



JOSÉ ANTONIO ALONSO
ETNÓLOGO

El tema del que nos ocupamos hoy es muy complejo, pero no por eso dejaremos de abordarlo, aunque sea de forma superficial. Desde que nacemos pasamos a formar parte de una familia, normalmente ubicada en un pueblo o ciudad. Esta cuestión suele marcar nuestro periplo vital, en mayor o menor medida. Con el tiempo, nuestras circunstancias pueden cambiar. Hasta ahora, lo habitual era que nuestra cuna condicionara otros muchos aspectos de nuestra forma de ser y de pensar y nuestros rasgos culturales; pero, desde hace unas décadas, estamos asistiendo a una mayor movilidad y, hoy en día, es habitual que algunas de nuestras personas cercanas se desplacen al extranjero para trabajar y que muchos de nuestros convecinos procedan de países lejanos al nuestro. El resultado de todo esto es una sociedad cada vez más mestiza, en la que los rasgos identitarios quedan frecuentemente desdibujados, aunque las poblaciones autóctonas mayoritarias siguen fomentando y conservando muchos de estos elementos y la población inmigrante también tiende a mantener sus perfiles identitarios.

La historia de la humanidad, desde los primitivos clanes y tribus, hasta nuestro actual mundo global, es, en gran medida, la historia de las identidades. Podemos hablar de una identidad individual y de unas identidades colectivas, que compartimos normalmente con nuestras comunidades. Ya queda dicho que muchos rasgos tienen que ver con el lugar donde nacemos, con la tierra y es habitual que hagamos gala y presumamos de nuestras raíces. La cultura tradicional aporta muchos de estos elementos. Antaño, la gente de por aquí, por hablar de lo que conocemos, se identificaba por la forma de vestir y de hablar, por los hábitos alimentarios, por la música y por los bailes y danzas que practicaban, e incluso por la forma de ser. Nuestros ancestros vestían de "alcarreños" o "alcarreñas" -por citar una de nuestras comarcas-, bebían vino de sus bodegas -en algunas zonas-, cantaban y bailaban jotas, comían cordero o cabrito asado, en las fiestas, vivían en pueblos y ciudades que tenían, y siguen teniendo, sus patronos y patronas.



Objetos de culto ortodoxos en la ermita de san Roque, Guadalajara.



Pieza cerámica de Priego con la leyenda "Viva mi Guadalajara".

FOTOS: JOSÉ ANTONIO ALONSO



Desfile de indumentaria tradicional en una procesión de la Virgen de la Antigua. Guadalajara.

Hace poco, hablaba yo con un amigo francés y me decía que lo que más le sorprendía de nuestra cultura era la cantidad de advocaciones marianas que existían por aquí y que, por ejemplo, hubiera padres que pusieran a sus hijas el nombre de "Dolores" o de "Angustias". Lo que para "nosotros" es normal y pasa desapercibido, para otros puede resultar insólito. A veces necesitamos salir, viajar, convivir con los "otros", para darnos cuenta de lo que nos vincula a nuestra comunidad y de lo que nos hace diferentes.

La identidad tiene muchas caras. La cuna nos aporta algunos elementos, pero otros muchos se van añadiendo a medida que crecemos y nos identificamos con los colores de un equipo de fútbol, un grupo musical o una peña festiva, por ejemplo; nos identificamos con elementos simbólicos: insignias, medallas, banderas, escudos, pegatinas, himnos, músicas, instrumentos, prendas de vestir, platos, fiestas, ritos, etc. Detrás de los símbolos está su significado: un trasfondo de historias, ideas, costumbres, sentimientos, frecuentemente plasmados en elementos estéticos y asumidos

por la comunidad o comunidades de las que uno siente que forma parte. Estos iconos tienen por tanto un fuerte contenido y pueden ser objeto de grandes filias y también de algunas fobias; pero el buen uso de los símbolos puede servir para crear lazos, para aunar esfuerzos, para diseñar futuro, para festejar la vida.

Conocer las identidades propias nos debería ayudar a situarnos en la historia y a crecer individual y colectivamente; conocer las otras identidades nos puede enriquecer y ésta debería ser la base para el respeto mutuo.

Nuestra tierra ha sido, tal vez por su situación geográfica, por la movilidad de sus gentes -pastores trashumantes, tratantes, arrieros y comerciantes en general- un lugar de encrucijada, de cruce de caminos, de encuentro de culturas. Por aquí, han ido dejando su poso celtíberos, romanos, musulmanes, judíos, cristianos, etc. Y, en este sentido, parece que la historia tiene todos los visos de continuar en la actualidad, debido a la llegada de nuevas remesas de emigrantes.

Como decíamos arriba, cada vez convivimos en sociedades más

plurales. Desconozco, en porcentajes estadísticos, el número de sudamericanos, chinos, marroquíes o rumanos y búlgaros con los que, actualmente, la población "autóctona" comparte espacios y servicios públicos, pero no hay que ser adivino para aventurar que su presencia es cada vez más notoria.

De hecho, a la práctica religiosa católica y a los no practicantes se han sumado distintas confesiones, de manera que, en los últimos años han abierto por aquí algunas mezquitas y centros religiosos de otras iglesias distintas al catolicismo. La ermita de san Roque es un lugar de reunión para que los creyentes de la Iglesia Ortodoxa puedan atender las necesidades espirituales de sus fieles.

De estas y otras cuestiones relacionadas con las identidades se tratará, al parecer, en las "JORNADAS DE ANTROPOLOGÍA: Temas clásicos y emergentes para una Antropología de Guadalajara", organizadas por la UNED de Guadalajara (20-24 noviembre). Más información en <https://extension.uned.es/actividad/idactividad/33785>



CON LA VENTANA ABIERTA

JOSÉ SERRANO BELINCHÓN

Guadalajara en la literatura (II)

Ya en el Siglo de Oro será Santa Teresa de Jesús quien en su libro *Las Fundaciones* dedique todo un capítulo a contar los inicios de la Orden Carmelita en la provincia, dando cumplida referencia acerca de la fundación de los dos conventos de Pastrana, allá por el año de 1569.

Los años de la Ilustración tuvieron como punto de interés la provincia de Guadalajara, en la que fijaron su residencia temporal algunos de los nombres más sonoros de aquel siglo. Tal es el caso Leandro Fernández de Moratín, quien paso temporadas enteras en su casa de Pastrana; de Jovellanos, ilustre huésped de Jadraque durante el verano de 1808, quien también conoció en 1798 los baños de Trillo y las posadas de El Pozo y de Aranzuequ, como así lo dejó escrito en sus Diarios. En 1781 viajó por la Alcarria Tomás de Iriarte.

De los recuerdos que dejó el famoso fabulista en su deambular por tierras alcarreñas, hay notas referentes a su paso por Aranzuequ y por Tendilla; pernoctó en el convento que tenían los Franciscanos en La Salceda. Los frailes lo debieron de servir bien, aunque no todo pareció estar a su gusto, pues así lo dejó escrito: Yo he dicho lo bien que me hospedaron y me dieron de comer los Padres; pero como los gustos de esta vida no son durables, quiso mi mala suerte que cargasen sobre mí aquella noche tantas pulgas que no me dejaron dormir.

.....